

EDUCACION ELEMENTAL, ANALFABETISMO Y DESARROLLO ECONOMICO

Las prensas de la Editorial Universitaria acaban de publicar "Educación Elemental, Analfabetismo y Desarrollo Económico", por Eduardo Hamuy Berr, Director del Instituto de Sociología.

En apretadas 100 páginas, el libro condensa hallazgos derivados de una investigación de campo en sociología educacional que el autor proyectara y dirigiera durante varios años, y expone criterios nuevos tendientes a orientar una política nacional en materia de educación primaria apropiada para un país como el nuestro en proceso de cambio social y de desarrollo económico.

La obra se compone de dos partes básicas que tienen entre sí una relativa independencia, y a las que confiere unidad temática y metodológica al marco sociológico concreto que sirve de base al autor para el análisis.

La primera parte —La evolución de la educación elemental y el analfabetismo—, estudia analíticamente el desarrollo histórico del sistema educacional primario y su proyección principalmente sobre la estructura de estratificación de la sociedad chilena; la segunda —Educación elemental y desarrollo económico—, de carácter crítico y polémico, examina las tareas que esperan y puede cumplir el sistema elemental de educación si se lo estructura y utiliza adecuadamente en cuanto constituye un factor poderoso de transformación y progreso social y económico.

El autor emplea en su trabajo las estadísticas educacionales existentes y los datos censales desde 1856, convenientemente ponderados. Estos materiales los complementa con los que obtuviera del universo mismo estudiado por personal técnico del Instituto de Sociología.

Advierte en primer lugar el Prof. Hamuy, que hasta los años 1928-30 el sistema educacional primario experimenta una expansión constante, la que da origen a cambios significativos de orden social: entonces por vez primera en la historia del país, la educación elemental se hace extensiva a la mayoría de los niños en edad escolar, es decir, sirve a todas las categorías sociales, y la población se transforma de analfabeta en letrada. Desde entonces también, y como consecuencia de lo anterior, el "problema educacional" de Chile cambia radicalmente de sentido; deja ya de ser el de la inescalaridad para transformarse en el de la deserción escolar. Esta conclusión lleva al autor a un replanteamiento del problema sobre el origen del analfabetismo en el país. Los hallazgos del Prof. Hamuy demuestran que la fuente principal del analfabetismo no es la falta sino la insuficiencia de escolaridad. "Dadas las altas tasas de deserción escolar del primero y segundo curso primario, resulta indudable que los analfabetos han sido alguna vez escolares y que, por el abandono prematuro de los estudios, no tuvieron tiempo suficiente para instruirse"; de ahí que "el camino para terminar con el analfabetismo es el aumento del Servicio Educativo prolongando la estada de los niños en la escuela" y esta tarea "no puede ser realizada sino por el Estado. Es materia de planificación estatal".

Muy interesante es el análisis crítico comparativo que hace el autor de los dos componentes del sistema de educación elemental: el sistema fiscal y el sistema particular. El estudio de la distribución geográfica de la matrícula efectiva y la población en edad revela que ambos temas sirven y reflejan sectores distintos de la estruc-

tura social: el sistema fiscal, pese a su estagnación ostensible luego de la crisis del año 30, adapta su desarrollo al perfil demográfico del país y sirve por igual a las áreas rural y urbana y a las clases sociales media y baja. El sistema particular, en cambio, tiende a desarrollarse en determinadas zonas urbanas y reparte su servicio educacional preferentemente entre las clases alta y media de la sociedad.

Esta peculiaridad distributiva geográfica y social del sistema particular sumada al estancamiento del fiscal, "está produciendo desde 1928 una redistribución del Servicio Educativo en perjuicio de la población rural y de la clase baja urbana. Y es justamente por este fenómeno que en tales sectores de nuestra sociedad está, ahora, la gran concentración de analfabetos".

Podría tal vez pensarse por las consideraciones anteriores, que tampoco este autor ha podido eludir la tentación a participar en la antigua disputa entre estado docente y libertad de enseñanza, y que, identificado con la posición primera, ataca sin más la educación libre. Nada más ajeno, sin embargo, al espíritu objetivo que informa en su totalidad el libro. El Prof. Hamuy supera por mucho los conceptos antinómicos precedentes, y basándose sobre el análisis riguroso de fenómenos concretos que ocurren en un sector específico de la sociedad chilena en un período determinado de su historia, llega a conclusiones lógicas y científicamente consistentes: "Dos tercios de los analfabetos están concentrados en el campo. Resulta evidente que si el Sistema Particular se desarrolla más bien en el área urbana que en la rural . . . , solamente el Sistema Fiscal puede resolver este problema dado que su crecimiento es más armónico y que, además, podría ser planificado".

El análisis de los datos escolares y socio-económicos indica con toda claridad que el sistema de educación elemental de Chile es selectivo y, en consecuencia, antidemocrático. "Los niños que tienen en Chile las mejores oportunidades educacionales . . . pertenecen a familias urbanas de nivel económico alto y medio; tales niños ingresan a la escuela a una edad más temprana y generalmente a uno de los anexos de los liceos o colegios fiscales o particulares. Ellos constituyen la mayor parte de la clientela universitaria y de la burocracia nacional.

El grupo opuesto está formado por los niños del área rural y, en especial, por los hijos de los inquilinos, pequeños propietarios y asalariados agrícolas. A estos niños, la sociedad no les ofrece la más mínima oportunidad. Son niños sin destino".

La escolaridad insuficiente en el área rural, tiene raíces sociológicas profundas. La causa fundamental de este fenómeno no radica tanto en la carencia de establecimientos educacionales, como en "un sistema donde no existe la necesidad social de la escuela para el acceso a los empleos o para la promoción dentro de la estructura ocupacional. La escuela llamada "rural" es, en verdad, una escuela urbana instalada en el campo. Es rural por ubicación geográfica, pero ni sus programas, ni sus maestros, ni sus instalaciones, están adecuados a la estructura social del campo. Es una escuela enajenada".

La tarea de elevar los niveles de instrucción en el sector rural, sólo puede ser realizada por el Estado —sostiene el Prof. Hamuy—, siempre y cuando éste integre una política educacional a planes de desarrollo y de cambio de la estructura social campesina. "El Estado puede convertir la escuela rural en un factor dinámico del desarrollo económico; la escuela es la única institución que, si se la orienta adecuadamente, puede alterar, en cierta medida, el sistema tradicional de normas y valores de la estructura rural, elevar los niveles de aspiración, crear nuevas motivaciones, y en fin, au-

mentar el grado de racionalidad de la acción económica de los campesinos".

En la última parte de la obra el autor propone criterios e ideas sobre lo que debe hacer y ser la escuela primaria en Chile. Considera el Prof. Hamuy que una política educacional capaz de convertir a la escuela en un factor efectivo de progreso para el país, debe proponerse varios objetivos simultáneos: a) "debe atraer a la escuela a los niños en edad escolar..."; b) debe retener a los niños en la escuela durante el lapso de la obligación escolar. Es ésta la principal tarea de una política educacional... y mientras este objetivo no se logre, no se tendrá un sistema educacional democrático, por lo menos en la educación primaria"; c) debe asumir la difícil tarea de "transformar la actual escuela primaria para aumentar su capacidad de retención". Para conseguir estos objetivos, "no debe existir en Chile ninguna escuela cuyo contenido programático no esté bien adaptado a las necesidades ocupacionales de la población que sirve; ninguna escuela que no esté íntimamente ligada a la comunidad a que pertenece. No debe existir ninguna escuela en Chile que no sea asistencial, en el sentido de que represente en algún grado una elevación efectiva del nivel económico y cultural de la familia del niño".

A. Z.

PALABRAS DE ANDRÉS SABELLA AL CLAUSURARSE LA VII ESC. DE INVIERNO DE ANTOFAGASTA

"La Universidad de Chile concluye, en nuestra ciudad, otra Escuela de Invierno que la mostró en posesión cabal de su plenitud y su doctrina. Y por azar feliz, estas jornadas se realizan cuando Chile cumple 150 años de vida en libertad, 150 años en que la madurez del pensamiento patrio fue haciéndose un puro resplandor de frente en nuestra América. De estos años fecundos, 117 están henchidos por el quehacer de nuestra Universidad fruto magnífico de nuestra alba republicana, cuya primera luz surge unida a la vasta que nos atraviesa entre 1829 y 1843. Cuando aparece, un estremecimiento alto de sienes cruza por el país: nudo capital de circunstancias y personajes de rasgo perdurable, nuestra Universidad junta en su seno lo esencial y lo devuelve a la sociedad trocado en ventajas para todos. Esta dación constituye el signo de su generosidad y de su austeridad. Jamás hubo en ella límite que hostigase la visión de la vida y de sus criaturas; su visión es ecuménica; su corazón permanece abierto a todas las solicitudes del espíritu universal. Regida, inicialmente, por el ilustre caraqueño obtiene, así, bautismo de vastedad y ya no cabrá en ella sino afecto sin medida para todas las patrias del hombre, íno por retórica la llaman, exaltándola, la Universidad de América!

El 2 de diciembre de 1713, en sesión memorable, el Cabildo de Santiago por indicación de uno de sus Alcaldes, el abogado de Concepción, don Francisco Ruiz de Berceudo, acordó solicitar de Felipe V la creación de una Universidad Real para Chile. Se tardó veinticinco años en decidirlo; en 1747, iniciaron los trabajos de su organización, los que culminaron en 1760 al regularizarse el curso de sus docencias bajo la Rectoría de don Tomás de Azúa Iturroyen. De este tronco derivaría, en 1839, nuestra actual casa máxima de estudios.

En treinta y siete años, según cálculo de don José Toribio Medina, enseñó a 794 alumnos. Es opinión a firme que la Universidad de San Felipe no fue, como se dijo, más de una vez, un claustro obscuro. Don Luis Galdames, en su "Bosquejo Histórico de la Universidad de Chile, 1843-1934", la reivindicó en términos que merecen recordarse: "valorizó el estudio y la profesión intelectual entre las gentes extrañas al clero y en el clero mismo; fomentó la lectura... reunió en su biblioteca hasta 5 mil volúmenes de ciencias sagradas y profanas". Pero, sin duda, lo mejor de su influjo es reconocido, inmediatamente, después, por el señor Galdames, al anotar los bienes morales que fructificaron en sus aulas y que fueron alas de libertad en nuestros hermanos de 1810: "a más de una inteligencia predispuo para pensar libremente y romper el marco de fierro de sus dogmas".

De tan memorable cuartel vuelan muchas granadas del 17 de abril de 1839, fecha del decreto que firman el Presidente Prieto y su Ministro don Mariano Egaña, declarando "extinguido desde hoy el establecimiento literario conocido con el nombre de Universidad de San Felipe", para reemplazarlo por "una casa de estudios generales que se denominará Universidad de Chile". Inaugurada, oficialmente, el 17 de septiembre de 1843, principia iluminada por el Discurso de su Rector, el sabio don Andrés Bello, quien le fija un quehacer de rigor y profundidad: "La utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el gobierno". No surgia, pues, para vanos ejercicios, sino que para servir al progreso, de manera verdadera: para otorgarle a la República no sabios de laboratorio, sino que hombres que la ensancharan en espíritu, hombres con absoluta conciencia de aquello ardiente que Aníbal Ponce mostró como Los Deberes de la Inteligencia.

Este espíritu trajo la Universidad de Chile a nuestro Antofagasta. Taller del pensamiento nacional, quiso y quiere que el Norte chileno aprenda, sinceramente, a querer la herramienta mental; después, ésta cantará, segura y bizarra, en nuestro futuro. Por esta razón de fuego, es necesario que los antofagastinos sepamos que poseer Universidad no es gala, sino que responsabilidad tremenda y permanente, compromiso irrenunciable con la frente del hombre. Por esta ampliación de sus tareas, es preciso que sintamos a la Universidad de Chile no como dorado motivo de orgullo, sino que en su real cuantía de surco exigente, de tierra ávida y de honor devorante por obras. Mientras no entendamos, limpiamente, que a la Universidad debe tutelarse con austeridad, con sencillez y conciencia de quehaceres, permanecemos, únicamente, a la puerta de esta casa que, ahora, en este invierno de 1960, prosiguió dándonos su rica pulpa de ciencias y de letras.

Antofagasta fue fundada por un hombre de trabajo. Sudor de su frente es nuestro blasón. No somos porte de molices. Trabajemos, a pleno corazón, por ser dignos del bien que la Universidad de Chile representa en medio de nuestros afanes. Pensemos que la fauna que nos toca, vivamente, es aquerenciarnos a todas las disciplinas del menester cultural, es hacernos —día a día, humildes y leales— apasionados sembradores de altitud espiritual. La medida de nuestro amor la ofrecerá la fidelidad con que sigamos todos y cada uno de los pasos de la Universidad de Chile por nuestros días.

Los profesores de Santiago van a marcharse, dejando aquí, un claro mensaje. Su partida no es un adiós. Su enseñanza se consubstancia a nuestros propósitos y el mejor saludo que podemos expresarles es el de los soldados de inequebrantable ansia de victoria; compensar la ausencia de su sabiduría con la pequeña claridad de nuestros